



José Martí en 1874.

Tomada de <http://www.uh.cu/centros/marti/cono.htm>

## José Martí en México, 1875 “La Escuela de Sordomudos.-Los exámenes.-El niño Labastida.--Ponciano Arriaga.-Buen profesor.”

José Martí, héroe nacional cubano y uno de nuestros grandes hombres de letras, escribió en 1875 un artículo sobre la Escuela de Sordos de México. En ese tiempo, Martí se encontraba exilado en la capital de México, y escribía regularmente en el periódico La Revista Universal, donde apareció el artículo.

En 1871, Martí había tenido que salir de Cuba, hacia España, debido a sus actividades conspiradoras contra el gobierno colonial. Fue el primero de sus forzados exilios. En diciembre de 1874 emprendió un largo viaje que lo llevaría a tocar varios puertos europeos y de los Estados Unidos e incluso, brevemente el de la Habana. Ese viaje terminó en México, donde llegó en febrero de 1875. En la capital mexicana vivían entonces muchos intelectuales cubanos, exilados políticos como Martí, que le sirvieron de vínculo con la vida intelectual de la ciudad. Muy pronto se hizo Martí miembro de la plana de escritores del periódico La Revista Universal, publicación dedicada a temas políticos, comerciales y literarios. Tenía Martí entonces veintidós años.

El 30 de noviembre de 1875 apareció el artículo titulado “La Escuela de Sordomudos.-Los exámenes.-El niño Labastida.--Ponciano Arriaga.-Buen profesor.”. Martí da cuenta allí de una visita dominical que dedicó a la Escuela Nacional de Sordomudos de Ciudad de México. La escuela estaba dirigida todavía entonces por el maestro Sordo francés Edouard Huet (quien la había fundado en 1867).

Para Martí fue una experiencia muy importante. Allí pudo presenciar una de las actividades académicas de los alumnos sordos, un examen, y quedó impresionado con su buen desempeño. Además de nombrar a los docentes Edouard Huet, Dámaso

López y Luis Jiménez, mencionó a tres niños sordos: Labastida (solo escribe su apellido), de 12 años; Ponciano Arriaga, de 17 años y Luis Gutiérrez. Del modo en que los muchachos respondieron las preguntas que se les formularon escribe Martí: *Los alumnos escribían inmediatamente en sus pizarras la pregunta que se les hacía y su respuesta. No faltaba un acento, un signo ortográfico, una partícula. Entienden el valor de todas las palabras; tienen nociones elementales y claras de Geografía, de Historia, de Historia Natural, de Aritmética y de Gramática.*

Al fondo del espacio donde se realizaba la prueba estaba reunido un grupo de niñas. A ellas se les había aplicado una prueba semejante el día anterior. Martí, pensando en las niñas sordas que no tendrán nunca la posibilidad del estudio -era un tiempo en el que las escuelas para sordos eran muy escasas en América Latina - escribió de ellas: *son luces perpetuamente encendidas en lámparas perpetuamente cerradas, que ninguna mano piadosa se acercará nunca a abrir.*

Conmovido por lo que había visto, Martí se disculpó con sus lectores por el modo en que se ve obligado a contarlos: *Los boletines de periódico no quieren esta clase de reflexiones, que son, más que pensamientos, penas. Pero enseguida se justifica: Aquel espectáculo es triste, y sin embargo, se sale de él con un extraño regocijo: es que se acaba de asistir a una redención. La creación produce al hombre, pero el hombre va siendo fuerte contra su madre la creación. Esos vivos nacen muertos, y la enseñanza los revela a la vida, y fructifica en ellos la obra de la paciencia y la bondad.*

Este artículo es una joya, una rara pieza literaria de enorme valor histórico. Lo reproducimos completo de seguido para los lectores de [www.cultura-sorda.eu](http://www.cultura-sorda.eu).

Alejandro Oviedo  
Berlín, 10 de mayo de 2007



30 de noviembre de 1875.

Revista Universal de Política, Literatura y Comercio

José Martí

## La Escuela de Sordomudos. -Los exámenes. -El niño Labastida. -Ponciano Arriaga. -Buen profesor.

Las sombras tienen sus poemas, el espíritu sus conmociones, y la compasión sus lágrimas. Todo esto se siente, y muchas cosas se aman, ante esos seres abrazados por su propia luz, sin sentidos con que transmitirla, ni aptitudes para recibir el calor vivificante de la ajena. Nacidos como cadáveres, el amor los transforma, porque la enseñanza a los sordomudos es una sublime profesión de amor. Se abusa de esta palabra sublime; pero toda ternura es sublimidad, y el sordomudo enseñado es la obra tenaz de lo tierno. La paciencia exquisita, el ingenio excitado, la palabra suprimida, elocuencia el gesto, vencido el error de la naturaleza, y vencer sobre la materia torpe el espíritu benévolo, por la obra de la calma y de la bondad. El profesor se convierte en la madre: la lección ha de ser una caricia; todo niño lleva en sí un hombre dormido; pero los sordomudos están encerrados en una triple cárcel perpetua. Inevitablemente las lágrimas se agolpaban a los ojos en el examen de sordomudos de antier. Hay en la escuela un niño, Labastida, de cabellos negros y brillantes, con los ojos vivaces de candor, la frente espaciosa, la boca sonriente, la expresión dócil y franca. Escribía con notable rapidez definiciones de ciencias; llenaba su pizarra velozmente; pedía más que hacer cuando los demás no habían concluido todavía. Labastida tiene doce años, y como la luz de su alma está comprimida, lleva toda la luz en su rostro, y su cara infantil es hermosa, animada y brillante. Seduce ese niño: invita a abrazarlo. A su lado trabajaba Ponciano Arriaga, hijo del hombre ilustre que incrustó principios de oro en la hermosa Constitución mexicana. Arriaga cumplirá pronto dieciocho años. Tiene todos los conocimientos de la instrucción primaria; expresa fácilmente los pensamientos que concibe; estudia botánica bajo la hábil dirección de Mr. Huet; resuelve problemas complicados de aritmética superior; dibuja con pureza de contornos, y con delicadeza y morbidez de sombras. Tiene la frente espaciosa, y como que desciende en ademán pensativo sobre sus ojos pequeños y animados: su nariz aguileña y sus labios finos revelan una distinción natural. Dicen que Arriaga tiene una extraordinaria facilidad de comprensión; y en verdad, aquella frente parece hecha para soportar graves pensamientos. Otro niño resuelve, al lado de éstos, problemas de aritmética, con rapidez que aun en niños dotados de todos sus sentidos llamaría la atención. Es Luis Gutiérrez el alumno más aventajado en cálculo. Su frente voluminosa se levanta en curva desde sus ojos investigadores y severos hasta su cabello abundante y rizado. Es un niño grave, en que se presiente al hombre. Sin quererlo, somos injustos. Habrá otros alumnos que merezcan especial mención: en el examen del domingo sólo alcanzamos a ver a éstos. En aquellos instantes, el segundo aspirante, Dámaso López, les hacía preguntas por medio del sistema dactilológico: uno de los tres que emplean en la escuela para la enseñanza. El sistema más rápido es el mímico; el más difícil, el gramatical; el más

sólido, el dactilológico. Los alumnos escribían inmediatamente en sus pizarras la pregunta que se les hacía y su respuesta. No faltaba un acento, un signo ortográfico, una partícula. Entienden el valor de todas las palabras; tienen nociones elementales y claras de Geografía, de Historia, de Historia Natural, de Aritmética y de Gramática. Escribía el profesor un problema: todos los alumnos lo escribían al mismo tiempo. Labastida hacía números con una rapidez extraordinaria, y Ponciano Arriaga explicaba en tanto la clasificación y nominación de las flores. Y en el fondo del salón, veíase a las niñas que se habían examinado el día anterior. Mayor es la desdicha de estos seres, dotados de una belleza inútil, y de tesoros de candor que el amor humano no tendrá el valor de aprovechar. Seres de desventuras son en todo las mujeres, pocas veces felices, y capaces siempre de hacer la felicidad de los demás. Estas niñas son luces perpetuamente encendidas en lámparas perpetuamente cerradas, que ninguna mano piadosa se acercará nunca a abrir. Tendrán la compasión, que se sufre; pero no tendrán el amor, que vigoriza, enciende y fecunda. Los boletines de periódico no quieren esta clase de reflexiones, que son, más que pensamientos, penas. Aquel espectáculo es triste, y sin embargo, se sale de él con un extraño regocijo: es que se acaba de asistir a una redención. La creación produce al hombre, pero el hombre va siendo fuerte contra su madre la creación. Esos vivos nacen muertos, y la enseñanza los revela a la vida, y fructifica en ellos la obra de la paciencia y la bondad. Nos decían allí que los sordomudos cultivan una huerta y un jardín: nueva fraternidad que hace pensar. Todo hombre está sujeto a la tierra con terribles raíces; somos arbustos que arrastramos nuestras raíces por la tierra: los sordomudos, más sujetos que nosotros, aman mucho a las flores, tan arraigadas y esclavas como ellos. Hay un profesor en esta escuela, joven y lleno de abnegación. Todos allí son buenos y merecedores de respeto, pero el primer aspirante, Luis Jiménez, merece mención especial. Tiene el hábito de la benevolencia; ama a los que enseña, se complace hablando de ellos. Antes lo hemos dicho: más que la enseñanza, en esta escuela ha de profesarse el amor. La escuela está bien atendida: Mr. Huet la dirige bien. Tienen su huerta, y su clase de dibujo; ejercitan su cuerpo en el gimnasio; los alumnos están robustos, y parecen contentos. La naturaleza sola no es nuestra madre: ¿quién quiere tener una madre injusta, criminal torpe y loca? ¡Bendita sean las manos que rectifican estas equivocaciones, y endulzan estos errores sombríos de la ciega madre creación!

## Fuente:

Martí, J. (1875) "La escuela de sordomudos". *La Revista Universal*. 30 de noviembre de 1875. El texto puede consultarse online en la página web SOY GUAJIRO (vista el 10/05/07: [http://www.soyguajiro.com/bcub/doc\\_view.asp?id\\_doc=1669](http://www.soyguajiro.com/bcub/doc_view.asp?id_doc=1669))